
Los dos Maurice: Merleau-Ponty (1908-1961), Maeterlinck (1862-1949) y la génesis del lenguaje a través del silencio

The two Maurice: Merleau-Ponty (1908-1961), Maeterlinck (1862-1949) and the genesis of language through silence

Mariana Arbeláez-Cataño*

Universidad Nacional de Colombia Departamento de Estudios Filosóficos y Culturales Medellín - Colombia

<https://orcid.org/0000-0001-7114-0332>

Fecha de recepción: 15/12/23

Fecha de aceptación: 15/05/24

Fecha de publicación: 17/06/2024

Resumen

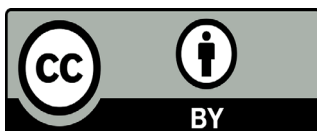
En este artículo examino el papel fundamental del silencio en el origen del lenguaje, resaltando su estrecha relación con la comunicación y la expresión del significado. Analizo las perspectivas de filósofos como Merleau-Ponty y Husserl, quienes conciben el lenguaje como un proceso que emerge de las experiencias prelingüísticas y preconceptuales de la conciencia. Con ello, argumento que el silencio actúa como el punto de partida de la expresión, albergando significados latentes que enriquecen nuestra conexión con el mundo y con nuestra propia existencia. Finalmente, subrayo la importancia del silencio en contextos como el amor, la muerte y el destino y, a partir de ahí, expando la exploración filosófica hacia el ámbito literario revisitando el ensayo de Maeterlinck sobre el silencio, donde enfatizo en el poder y la superioridad que este ostenta por encima de las palabras.

Palabras clave: fenomenología; estética; lenguaje; silencio; literatura.

Abstract

In this article, I examine the fundamental role of silence in the origin of language, emphasizing its close relationship to communication and the expression of meaning. I analyze the perspectives of philosophers such as Merleau-Ponty and Husserl, who conceive language as a process that emerges from the pre-linguistic and pre-conceptual experiences of consciousness. In doing so, I argue that silence acts as a starting point for expression, harboring latent meanings that enrich our connection to the world and to our own existence. Finally, I emphasize the importance of silence in contexts such as love, death, and destiny, and from there extend the philosophical inquiry into the literary realm by revisiting Maeterlinck's essay on silence, in which he emphasizes the power and superiority it holds over words.

Keywords: phenomenology; aesthetics; language; language; silence; literature.



Este es un artículo Open Access
publicado bajo la licencia
Creative Commons Atribución 4.0
International.
(CC-BY 4.0)

* Artista y Educadora. maarbelaezca@unal.edu.co

Introducción

Cuando se habla de Merleau-Ponty como gran representante de la fenomenología, hay muchas cosas que subyacen a esa propuesta donde la experiencia deviene protagonista. Por ejemplo, tras el hecho aparentemente tan simple de concebir el lenguaje como fenómeno, Merleau-Ponty introduce ya las ampliaciones que pretende darle a la filosofía hasta entonces constituida (Álvarez-Falcón, 2011; Buceta, 2017). Para Merleau-Ponty, la reflexión filosófica se enfrenta a la tarea de dar forma a la experiencia pre-lingüística y pre-conceptual del mundo vivido y, por eso, la filosofía es, básicamente, el resultado de un esfuerzo por decir lo indecible (Toadvine, 2008). Valga aclarar que, en su desarrollo teórico, aparece además el hecho de que el lenguaje es el acto mismo que da sentido al significado y, en este orden de ideas, lo que hace Merleau-Ponty es descubrir la expresión en tanto acto silencioso de significar. De modo que, aunque aún hacen falta otras justificaciones más donde exponga los motivos que me convocan en este texto, lo anterior es un buen argumento para proponer ahondar en la reflexión sobre las distancias y cercanías entre la palabra y el silencio —fenomenológicamente apreciados.

En una instancia inicial, resulta sencillo comprender que el lenguaje no es simplemente una herramienta para transmitir pensamientos, sino una forma de comunicación en la que el cuerpo también está involucrado de lleno o, si se quiere, encarnado. Entonces, si tal como lo hace Merleau-Ponty (1964) en *Sobre la fenomenología del lenguaje*, entendemos cuál es el lugar de la comunicación en su rol suscitador de nuevos modos de expresión, asimismo le abrimos las puertas a las posibilidades que tiene el fenómeno lingüístico de ser estudiado en su esencialidad (Merleau-Ponty, 1993). Sin duda, habría que revisar primero los antecedentes del propio Merleau-Ponty para posteriormente dilucidar cómo a través de estos puede llegar a definirse el silencio en su carácter intermediario entre lo dicho y lo que está por decirse. Así que, hacia esa dirección apuntan las siguientes páginas, y es por esto mismo que parto del problema del lenguaje en Husserl, pues fue quizás quien más influyó a Merleau-Ponty en sus primeros pasos por la fenomenología. Luego, como ejemplo y

justificación de la riqueza del silencio y su papel mediador en la génesis del lenguaje, acudo a su uso como recurso artístico y presento a Maeterlinck como la materialización literaria del silencio en su punto originario.

Entonces, tal cual lo indica el título, son dos Maurice los que me incitan a escribir: Maurice Merleau-Ponty (1908-1961) y Maurice Maeterlinck (1862-1949). El primero, por su exploración filosófica de asuntos relacionados con la corporeidad, la percepción y la relación del individuo con el mundo, pues es en estas meditaciones donde aparece por primera vez el tema del lenguaje (Lewis, 1966; Mansilla, 2005). El segundo, por encontrar una fascinación sinigual en el silencio como herramienta literaria. Junto con estas dos manifestaciones de un mismo interés, propongo reflexionar sobre la extrapolación de que es en el silencio donde nace el lenguaje, pues, siguiendo a Álvarez-Falcón (2011), el lenguaje y el pensamiento se entremezclan como parte de un estrato fenomenológico originario que es inherente a lo humano. Así, mientras exploro la relación entre la palabra y el silencio —tanto en el primer como en el segundo autor—, lo que se me revela es que el lenguaje, aunque esencial para la comunicación, no puede comprenderse completamente sin el contexto del silencio. Dado que es allí donde brota la palabra, tomar el fondo del silencio como una cuna del lenguaje mismo es un paso importante para esclarecer el camino entre la palabra y ese silencio antepuesto. En última instancia, con estas reflexiones intento demostrar que la comunicación y la expresión no surgen sin la existencia previa del silencio.

De cierto modo, son estas las razones que me llevan a indagar en el lenguaje. Este es, en sí, un acto volitivo, dado que en él aparecen tanto la acción —o lo dicho— como su respectiva inhibición —o lo que está por decirse. Considerando así la cuestión, me interesa pensar el silencio como la materia que hace posible la experiencia misma. Por eso, lo primordial en este esbozo es la concepción filosófica del lenguaje defendida por Merleau-Ponty (2010), quien dice tomar distancia de otras posturas filosóficas netamente semánticas de su época. Como fenomenólogo, consideraba que estas ideas previas a él constreñían las posibilidades del lenguaje a unas teorías en las cuales sólo

daba rodeos sobre sí mismo y su estructura. Por su parte, considera que el lenguaje nos atraviesa al irrumpir en tanto fenómeno y emerger de un cuerpo viviente (Merleau-Ponty, 1964). Esto supone una reubicación del lenguaje como algo que es más que pura divagación mental, palabrería y gestualidad, lo cual es llamativo. Entonces, si especulamos que el lenguaje en tanto fenómeno es una expresión encarnada que aparece en los terrenos de la experiencia corporal y perceptual, el silencio así asumido no puede sino ser un componente esencial y, por ende, no solamente una ausencia de enunciados —como quizás podría indicárnoslo el saber popular. De manera que, para acercarnos al silencio desde una perspectiva fenomenológica, integrada plenamente a la experiencia y concebida en tanto acto de la conciencia, hay que empezar por superar la noción del silencio como falta o de este como una respuesta insensible a estímulos externos (González, 2022).

Como lo señalan González (2022) y Mansilla (2005) a propósito de Merleau-Ponty, en el paso del silencio a la palabra se juega la intencionalidad operante y connaturalmente corporal, porque entre lo visible y lo vivido está el lenguaje operando en pleno y porque, además, el mundo en sí existe incluso desde antes de cualquier intención por expresarlo lingüísticamente. Es bien sabido que a la noción de “intencionalidad” la persigue una larga tradición filosófica, pero lo realmente relevante al retomar esta teorización husserliana es la diferencia entre “intencionalidad de acto” e “intencionalidad operante” a partir de la cual se entiende por qué el lenguaje hace parte de la última (Martínez, 1960; Merleau-Ponty, 1993). De entrada, esto señala la conexión inherente y *antepredicativa* entre el mundo y nuestra existencia —y es en ese plano donde se enfocan mis inquietudes. Por consiguiente, mientras las condiciones se hacen propicias para llegar a esa parte de la discusión, puedo agregar que entre el silencio y la palabra se pone de relieve la intencionalidad operante, justamente por ese nombrado nivel *antepredicativo* que hace posible la intencionalidad de acto, pero también por su función reveladora del deseo y de apertura al mundo humano en tanto zona previa a cualquier juicio (Merleau-Ponty, 1993).

De Husserl a Merleau-Ponty: el lenguaje como uno entre tantos problemas

Quando, por exemplo, en las ‘Meditaciones cartesianas’, dice esta frase que siempre me ha impresionado (...) [y] cito de memoria: “Es la experiencia muda aun lo que se trata de llevar a la expresión pura de su propio sentido”. (...) Al fijar así la tarea de la fenomenología, muy evidentemente Husserl la fija como una tarea difícil, casi imposible: se trata de llevar la experiencia muda aun a expresar su propio sentido, entre el silencio de las cosas y la palabra filosófica... (Merleau-Ponty, 1968, p. 142)

Para Merleau-Ponty (1971), Husserl fue riguroso, y se configuró como una herramienta de pensamiento indispensable para constituir su fenomenología. Hay un asunto curioso y es que Merleau-Ponty no deja nunca de citar sus lecturas a Husserl y Heidegger, pero a ambos les acusa de muchas faltas y les culpa de las respuestas todavía incompletas sobre el saber filosófico de la fenomenología (Zirión, 2002). En cuanto a Husserl, aparece nombrado casi un centenar de veces en la *Fenomenología de la percepción* (Merleau-Ponty, 1993) y, no obstante, en una buena parte de estas ocasiones su revisión viene asociada con la referencia a problemas e, incluso, a malentendidos entre quienes interpretaron sus postulados. En medio de las contradicciones mencionadas por Merleau-Ponty (1968; 1993), aparece la problemática de la reducción y el problema del otro y, en última instancia, concluye que si Husserl tuvo algún éxito con sus teorías fue el demarcar dificultades y tensiones. Pero esto no es lo que verdaderamente preocupa al momento de rehabilitar un mundo de la percepción cuyo condicionante primordial es el lenguaje, porque, en todo caso, esos problemas son el estímulo de Merleau-Ponty (1968) para concebir un panorama distinto y, con ello, concebir un nuevo ser del lenguaje.

Sería un error decir que Merleau-Ponty podría leerse tal cual se hace hoy si no se hubiese alimentado de los hallazgos de la psicología de la Gestalt para darle un nuevo rumbo a la percepción. Del mismo modo, sería imposible pensarle sin tomar en cuenta el soporte que tuvo en la filosofía fenomenológica de Husserl —a pesar de haber reconocido su idealismo trascendental como un error y de haber hallado vacíos en su sistematización (Merleau-Ponty, 1968). De

manera que, aunque no esté perdiendo de vista al lenguaje como mi pregunta fundamental, es posible ver que aquello que lo transforma en un tema atractivo para estos fenomenólogos es su estrecha conexión con la experiencia y su capacidad para enriquecer el mundo vivido. Pero, como ya lo mencioné, Merleau-Ponty, siendo un heredero del pensamiento de Husserl, se distanció de él por sus restos idealistas, debido a que esto lo llevaba a pensar que sus propuestas, además de no haberse sistematizado bien, eran incapaces de dar cuenta de la experiencia del mundo. Sin embargo, tanto Saussure como Husserl terminan siendo sus bases —aun cuando el primero surja sólo en su acercamiento a los estudios lingüísticos, mientras el otro aparece en diversas temáticas más allá del lenguaje.

Adicionalmente, para entender los enlaces con Husserl resulta clave recordar que es con campos no filosóficos como Merleau-Ponty logra dilucidar asuntos del lenguaje para la propia filosofía, y fue a través de esto que, por ejemplo, extrajo las consecuencias de la revolución de Saussure, quien le reveló al lenguaje como un sistema de identidades y diferencias (Buceta, 2017; Merleau-Ponty, 1964). Pero, a Merleau-Ponty no le interesó tampoco el carácter científico y objetivable de la lingüística saussuriana. Por eso mismo, en su fenomenología son frecuentes las remisiones a poetas, artistas y otros intelectuales, tal cual ocurre con Maeterlinck, de quien hablaré posteriormente. Sin perder de vista las discrepancias, Merleau-Ponty (1964; 1971) no temió citar a Husserl y a Saussure como sus principales referentes, pero vale la pena aclarar que el propio Husserl nunca se embarcó en la tarea de formular una teoría del lenguaje en sí, y este fue un tema que emergió subordinado a otros aspectos de sus investigaciones (Martínez, 1960). Igualmente, aunque Buceta (2017) distingue tres periodos a través de los cuales Merleau-Ponty abordó el problema del lenguaje, lo que pasa con él es lo mismo que sucede con Husserl —es decir, que el establecimiento de su filosofía del lenguaje se dispersa entre distintas obras—, y esta es la razón por la cual transito por varios de sus textos sin plantarme de lleno en ninguno de ellos. Siguiendo esta motivación y reconociendo además que para comprender la interacción entre la palabra y el silencio pueden serme más útiles las observaciones de Merleau-

Ponty sobre Husserl que acudir a él en tanto fuente primaria, lo que hago en esta sección es sumergirme en la problemática del lenguaje husserliano, principalmente, desde el punto de vista del propio Merleau-Ponty.

En su generalidad, a Husserl el lenguaje se le torna problemático porque la necesidad que representa para hacer del pensamiento un gesto expresivo es lo que, a su vez, hace que resulte tan ambiguo (Moran & Cohen, 2012). Igual, es él quien introduce el concepto del lenguaje a partir del acto del habla, destacando de este dos funciones: la expresiva y la comunicativa. Así, la noción de pureza del lenguaje que Merleau-Ponty (1971) expone en *La prosa del mundo*, lleva también consigo influjos fundamentales: “una ‘eidética del lenguaje’, una ‘gramática pura’ como la que Husserl pretendía al comienzo de su carrera” (p. 41). Pero, debido a que Husserl sostiene que para que surjan significados novedosos en el lenguaje se requiere de un fondo primordial u origen, lo cierto es que asume que el uso dado a las palabras y los silencios —en su sentido más mundano— remarca las impurezas (Moran & Cohen, 2012). Con las *Investigaciones Lógicas*, pareciese ser que a Husserl no le alcanzó el tiempo para establecer cuál era la esencialidad del lenguaje y encontrar entonces el significado constante y uniforme de las palabras —y los silencios— a lo largo del tiempo, pues, de todos modos, lo que se puede extraer como su teoría del lenguaje no son más que fragmentos aislados y dispersos, aunque esenciales (Martínez, 1960).

Aún más importante que esto anterior, es darse cuenta de que las aproximaciones de Husserl al lenguaje dan un rol principal al significado lingüístico, tanto como a la relación entre las palabras y las cosas a las cuales aluden —lo cual es un asunto que Merleau-Ponty retoma luego a su manera. Husserl, primero que Merleau-Ponty, explora las formas en que el lenguaje puede revelar y ocultar las estructuras del significado, pero además cómo las expresiones lingüísticas transmiten cierta intencionalidad. Con todo esto, hipotetizar que en él hay una filosofía del silencio que jamás fue enunciada como tal no resulta ser tan descabellado, puesto que, desde una perspectiva fenomenológica, las búsquedas de Husserl evidencian el despliegue de la conciencia en la comunicación, la expresión de signos, y

en los demás hechos que ponen de relieve la experiencia (González, 2022; Martínez, 1960). En este contexto y asumiendo como válidos los argumentos de Martínez (1960) acerca del lenguaje en la filosofía husserliana, es plausible sugerir que Husserl fue el gran culpable de que Merleau-Ponty permaneciera dándole tanta relevancia a la experiencia vivida, es decir, a la vivencia subjetiva del mundo sensible como una consecución de diversos actos de la conciencia (e.g., voliciones, percepciones, sentimientos, expresiones, pensamientos, etc.).

En este sentido, desde la perspectiva de Merleau-Ponty, la experiencia vivida implica una interacción dinámica entre los individuos y su entorno, donde el cuerpo experimenta el mundo a través de la percepción, otorgándole significados y contribuyendo a la construcción de su propia realidad. Pero, en realidad, en lugar de considerarse simplemente un discípulo de Husserl, Merleau-Ponty se vio a sí mismo como un continuador y transformador de la fenomenología. Y esta fenomenología de Merleau-Ponty (1993), en su carácter filosófico, le apuntó a ser una cuestión de esencias. Es así como, en lo que al lenguaje le compete, las pesquisas por la esencialidad vuelven sobre los rasgos de la intencionalidad husserliana y, al mismo tiempo, tienen a la experiencia *antepredicativa* de la conciencia como su característica (González, 2022). Precisamente, lo que retoma de Husserl es esa idea de la experiencia pura, pero todavía muda, sobre la cual se sitúa el compromiso pre-reflexivo con el mundo que la reflexión en sí pretendería captar (Toadvine, 2008). En buena medida, debido a que el lenguaje está formado por los significados compartidos y las convenciones de una comunidad, y permite la expresión de sentidos individuales y la comunicación entre sujetos, sus procesos tienen además un correlato intencional (Martínez, 1960). Sean estas cuestiones tan filosóficas un puente que me conduzca hacia la premisa principal de este texto: considerar el lenguaje como un proceso de nacimiento y, al mismo tiempo, explorar ese silencio que yace oculto tras la huella de las palabras dichas.

Sobre aquello que nace entre la palabra y el silencio

Y con todo derecho también, por encima de todos los semisilencios o sobreentendidos del habla, pretendo hacerme entender e introduzco una diferencia entre lo que ha sido dicho y lo que nunca lo fue.
(Merleau-Ponty, 1971, p. 70)

En el silencio de la conciencia originaria, según escribe Merleau-Ponty (1993) en *Fenomenología de la percepción*, “vemos cómo aparece, no únicamente lo que las palabras quieren decir, sino también lo que quieren decir las cosas, núcleo de significación primaria en torno del cual se organizan los actos de denominación y expresión” (p. 16). Así, con el silencio se abre un espacio de profundidad única para la experiencia humana. Más allá de las limitaciones del lenguaje, este silencio revela no sólo aquello que las palabras intentan transmitir, sino también el núcleo esencial de significado que reside intrínsecamente en dicho silencio plantado en la conciencia (González, 2022). Es de destacar que Merleau-Ponty considera que el lenguaje depende completamente del silencio, afirmando que todo lo que compartimos con los demás nace en esa vasta zona silenciosa que es inherente a nuestra existencia. Por consiguiente, en este remanso de silencio está la significación, y es en ese proceso donde se erigen nuestros actos conscientes (González, 2022). Aquí, el lenguaje se fusiona con la experiencia vivida de un modo que traspasa las limitaciones lingüísticas, y así es como se llega al camino de la percepción en sentido fenomenológico, es decir, yendo más allá de las cosas ya dichas o ya vistas (Mansilla, 2005; Merleau-Ponty, 1964). De tal manera, la relación entre el silencio y la palabra aparece desde cierta condición jerárquica en la cual el silencio constituye todo un universo pre-lingüístico a la vez que pre-cognitivo.

El lenguaje es acto por ser, ante todo, un gesto, y es gesto porque, en esencia, es ser más que medio; “no es ya el servidor de los significados, es el acto mismo de significar” (Merleau-Ponty, 1964, p. 292). Además, los actos de denominación y expresión, como resultados del discurso verbal, aluden a las palabras dichas tanto como a los silencios que les impulsan (González, 2022;

Merleau-Ponty, 1993). En una forma similar a como el cuerpo refleja una intencionalidad primordial al implicar un encuentro pre-cognitivo con un mundo ya estructurado significativamente, se funda el lenguaje entre las palabras y el silencio. En consecuencia, esto lleva a comprender al habla en tanto expresión corporal que comunica algo esencial. El silencio resurge entonces como una suerte de tesoro inexplorado de significados latentes que enriquece nuestra relación tanto con el mundo que nos rodea como con nuestra propia existencia, y ese es un valor que nadie puede arrebatarse (González, 2022). En este orden de ideas, debido a que el mundo vivido no es nada sin un cuerpo, tiene sentido en tanto es acción, y el silencio o la experiencia muda es, según este proceso, el punto de nacimiento de la palabra (Merleau-Ponty, 2010; Ziri6n, 2002). As6 que, del silencio deriva toda expresi6n posible porque es justamente en este acto donde se encuentra su voz (González, 2022; Toadvine, 2008).

Es el entrecruzamiento de los pensamientos y el lenguaje lo que muestra aquello que est6 entre el silencio y las palabras, porque estos son los gestos que le dan forma tanto al uno como al otro (González, 2022). O, en otros t6rminos, para la interpretaci6n que hace Toadvine (2008) de Merleau-Ponty, el silencio en s6 es el producto del encuentro quiasm6tico entre la naturaleza, el lenguaje y el Ser. Citando textualmente a Merleau-Ponty (1964), hemos de reconocer que “existe un significado ‘lenguajero’ del lenguaje que realiza la mediaci6n entre mi intenci6n a6n muda y las palabras, y de tal manera que mis palabras me sorprenden a m6 mismo y me ense6an mi pensamiento” (p. 106). Por tanto, el de Merleau-Ponty ya no es el sentido diacr6tico del signo saussuriano, sino algo m6s, puesto que la significaci6n deviene 6nica y exclusivamente cuando procede de un silencio originario. De hecho, para la fenomenolog6a el lenguaje no puede ser, de ning6n modo, una copia del pensamiento, porque entonces no dice nada. Lo que llena de sentido a los signos de la palabra hablada, es el silencio *antepredicativo*. Dicho de otro modo, la palabra s6lo significa y es verdadera cuando atraviesa ese puente “lenguajero” que deshace y rehace lo que habita el pensamiento (Merleau-Ponty, 1964). S6lo as6 el lenguaje nace encarnado y, a su vez, cobijado por la experiencia muda (Toadvine, 2008). A este respecto, la

palabra describe un movimiento y, entonces, logra ser una constataci6n de los presupuestos fenomenol6gicos.

Para Ziri6n (2002), el 6mbito de significados propio de la experiencia supera lo que puede ser comunicado verbalmente, es decir, con meras palabras. Pero, seg6n Merleau-Ponty (1964; 1971) en sus discusiones sobre la pureza del lenguaje, el sistema convencional que usamos en lo cotidiano y que contiene un conjunto establecido de significados y reglas m6s o menos constantes —denominado emp6rico—, se origina a partir de una funci6n m6s fundamental del lenguaje que es intr6nicamente aut6ntica, expresiva y comunicativa (i.e., el uso creador). La explicaci6n de esto es m6s simple de lo que podr6a parecer: Merleau-Ponty (1964) descubre dos maneras de ver el lenguaje y, de acuerdo con esto, centra todos sus an6lisis en la perspectiva creativa, supuestamente aut6ntica y rodeada de sentido, en lugar de remitirse a la vertiente emp6rica. En ese terreno de inquietudes y aseveraciones recurre a testimonios de la pintura y la escritura para explicar que, en efecto, la expresi6n opera trascendiendo la prosa de los sentidos o del concepto. Y para Merleau-Ponty (1971), por ejemplo, “la literatura, ese lenguaje en fin elevado a la segunda potencia” (p. 25) es el que da lugar a que “el lenguaje del cr6tico, y sobre todo el del fil6sofo, (...) [convierta] en una verdadera posesi6n el asidero resbaladizo que sobre la experiencia nos ofrece la literatura” (Merleau-Ponty, 1971, p. 141).

Debido a lo anterior, recurro a Maeterlinck, en este caso, como ejemplo de la pura expresi6n del mundo. Ambos me llevan a encontrar coincidencias en el silencio como punto de partida, pues asumen la labor de darle voz al silencio. No obstante, en el lugar del lenguaje antes del lenguaje que es el silencio, Merleau-Ponty (1964; 1971) sugiere adem6s que el proceso de escritura y habla comienza desde un lugar de silencio o mudez en la mente del escritor o hablante, quien usa el lenguaje como medio de expresi6n de sus pensamientos. Tal cual lo ir6 desentra6ando en el desarrollo del pr6ximo apartado, podr6a decirse que Maeterlinck es un buen recurso para ejemplificar estas cuestiones no s6lo por una mera concordancia tem6tica en el abordaje del silencio, sino precisamente por

encontrar su lenguaje creador, su propia voz o, si se quiere, su *estilo* —en el contexto de la definición desplegada por Merleau-Ponty (1964) en *El lenguaje indirecto y las voces del silencio*. En este sentido, lo que estas cuestiones me llevan a ratificar es que el mundo mudo es la única patria del escritor, pero también la nuestra si logramos traspasar los límites reductivos de un uso empírico del lenguaje que es, por lo demás, impuro.

Ahora bien, debido a que el pensamiento y la amplitud de sus significados buscan explicitarse en palabras dichas, para alcanzar su cometido tienen que ubicarse inicialmente en un estado pre-verbal, es decir, de silencio. Bien lo apunta Corbin (2019) al decir que el silencio es, tantas veces, palabra. No obstante, no todo pensamiento supera esta franja y en ese hecho yace la impureza del lenguaje. Puesto que en un principio sólo hay silencio, la mente apunta hacia lo que quiere comunicar, hacia lo que va a decirse, aunque sea sin dar forma a las palabras todavía. En este orden de ideas, la filosofía del lenguaje que construye Merleau-Ponty es tan clave como estas reflexiones inclinadas hacia lo literario o poético, porque la fenomenología, en su concepción más general, trata de explorar las estructuras de la experiencia y la conciencia. Siguiendo estas intuiciones, no es complejo resituar el silencio como una forma de experiencia o un modo de conciencia, a pesar de que deba reconocer que pueden ser muchas las variantes para entenderlo o definirlo pues, como parte del engranaje del lenguaje, el silencio resulta ser igualmente ambiguo.

Para el diccionario de la lengua española, la definición primordial de “silencio” es, sencillamente, la abstención de hablar. Esto, junto con las consiguientes ideas de falta de ruido, o de omisiones por escrito, no alcanzan para comprenderlo al modo en que lo hace una filosofía como la de Merleau-Ponty, quien busca todo el tiempo un lenguaje de la coincidencia. Considerar esto, más allá de demostrar la pluralidad de significados para un mismo significante, señala su ambigüedad paradójica. En todo caso, de acuerdo con lo que indica Merleau-Ponty (1993) en la *Fenomenología de la percepción*, queda justificado el silencio como eso que se halla directamente en la conciencia. Allí, en esa zona donde el silencio de la conciencia originaria florece, observamos cómo se manifiesta no sólo lo que las palabras

intentan comunicar, sino también el significado intrínseco de las cosas (González, 2022; Merleau-Ponty, 1993). Basta con tomar el lenguaje en estado viviente o naciente, para descubrir que este sólo vive gracias al silencio que jamás nos abandona; la verdadera vida, en las reflexiones hechas por Maeterlinck, es puro silencio (Corbin, 2019).

Maeterlinck: una escritura al acecho de todas las palabras que se parecen y de todos los silencios que difieren

... la palabra es plata, el silencio es oro, o mejor dicho, la palabra es tiempo, el silencio eternidad. (...) Pésanse las almas en el silencio, como el oro y la plata se pesan en agua pura, y las palabras que pronunciamos no tienen sentido sino gracias al silencio en que se bañan.
(Maeterlinck, 1935, pp. 5-10)

Las palabras vienen del silencio y Merleau-Ponty no puede llegar a eso sin las travesías que hace por la literatura y el arte. Precisamente, es por esta razón que extraigo la referencia a Maeterlinck como un vínculo para aterrizar sus rodeos sobre el lenguaje. Tal cual lo revela Corbin (2019), a nadie le ha fascinado tanto el silencio para escribir tan a menudo sobre su significado como le sucede a Maeterlinck. Es un autor que, en el elogio que hace a las cualidades del silencio, indaga intensamente en sus poderes de dominación y lo presenta desde su grandeza (Maeterlinck, 1935). En su ensayo *El silencio*, Maeterlinck (1935) se cuestiona sobre el amor, las emociones y las verdades a las cuales da acceso el silencio en esas condiciones donde las palabras no pueden expresarlo todo. De cierto modo, tanto Maeterlinck como Merleau-Ponty defienden que el silencio comunica a niveles que superan los del lenguaje tal y como es conocido en su convencionalidad. Lo ven como un medio de la conciencia y, en el sentido en que Maeterlinck (1935) lo asocia a los amantes, como una vía para conectar a los individuos y transmitir un significado único y propio que las palabras jamás captarían. En esta perspectiva del amor, el silencio es vía de conocimiento y, siguiendo a Merleau-Ponty (1964), “milagrosa multiplicación de lo sensible” (p. 25).

De la enorme experiencia del silencio, Maeterlinck (1935) descubre tres capas fundamentales para exponer las razones de la insuficiencia de las palabras. Esto es, en el amor, la muerte y el destino. La muerte y el destino nos son ajenos y por eso se asocian a la desgracia, el dolor y la pasividad, pero el amor es distinto. Por su parte, a Corbin (2019) —e, igualmente, a mí— le interesa el silencio del amor, un silencio activo que revela la profundidad de la experiencia vivida con otro ser, el único que nos pertenece, aquel a través del cual dos amantes conjuran la grandeza de su sentir. En sus palabras, “el silencio es un ingrediente esencial de la profundidad del amor. Nadie ha sabido expresarlo de manera tan exacta como Maurice Maeterlinck. (...) El silencio es el «mensajero de lo desconocido peculiar de cada amor»” (Corbin, 2019, p. 76). Así, con esta enunciación del amor como causa, Maeterlinck ve en el silencio una forma de acceder a la esencia de la existencia —pensado esto en el sentido fenomenológico del concepto (Merleau-Ponty, 1993). Por consiguiente, al ver la suya como una escritura al acecho de todas las palabras que se parecen y de todos los silencios que difieren, el énfasis se sitúa sobre aquel momento donde pareciese que no hay lenguaje. El auténtico lenguaje de la verdad resulta ser, desde la perspectiva de Maeterlinck, el instante silencioso.

Maeterlinck transforma el silencio en palabras y con ellas habla, justamente, del silencio. De él dice que “es el elemento en que se forman las cosas grandes, para que al fin puedan surgir, majestuosas y perfectas, a la luz de la vida que han de dominar” (Maeterlinck, 1935, p. 5). Esta primera aseveración de Maeterlinck me lleva a intuir que, al igual que en la naturaleza, en la cual muchas cosas grandes y majestuosas (e.g., las montañas, los árboles antiguos o las obras de arte) requieren de tiempo y de un entorno propicio para formarse, también el silencio actúa como ese ambiente perfecto para que la creaciones humanas, por fin, emerjan. Adicional a esto, propone que el silencio es eterno y, por el contrario, las palabras sencillamente pasan y se manifiestan en los momentos donde realmente no vivimos: “las palabras pasan, pero el silencio, si hubo por un instante la ocasión de mostrarse activo, no se borra nunca” (Maeterlinck, p. 6). El silencio, si se piensa así, es un estado necesario

para que algo alcance su pleno potencial antes de ser presentado al mundo.

Valga la pena explicar el epígrafe que, para iniciar este apartado, tomo directamente del ensayo de Maeterlinck (1935), puesto que, de ese asunto de comparar la plata y el oro con la palabra y el silencio, se deriva esta misma relación temporal. Maeterlinck retoma una inscripción suiza según la cual hablar es de plata y callar es de oro (*Sprechen ist Silber, Schweigen ist Golden*); por ende, el silencio es un tesoro que tiene el carácter de valioso y escaso —sobre todo, al compararlo con el habla. Luego, indica que las palabras son efímeras y están vinculadas al tiempo y las circunstancias actuales, a diferencia de lo que pasa con el silencio en su atemporalidad. Maeterlinck (1935), además, dice que el silencio es el equilibrio absoluto del cuerpo, la mente y el espíritu, así como asevera que el habla es del tiempo, mientras que el silencio es de la eternidad. Como lo apunta Maeterlinck (1935), “el amor verdadero vuelve a los más frívolos al centro de la vida” y de la calidad del silencio depende la calidad del amor y su fijeza en el tiempo, por eso la palabra y el silencio son grandes en su potencia, pero el silencio arrasa en su superioridad (Corbin, 2019). Entre dos amantes, el silencio “valdrá lo que valen los dioses que encierran, y si no entienden en ese primer silencio, sus almas no podrán amarse, porque el silencio no se transforma” (Maeterlinck, 1935, p. 9-10).

El silencio, además, va más allá de las limitaciones temporales de las palabras, transitorias y casi mundanas, puesto que se asienta sobre la base de una significación primordial. Es cierto que las palabras responden a nuestro presente, con ellas nos comunicamos y nos expresamos en lo terrenal de este mundo temporal, pero el silencio, “ángel de las supremas verdades” (Maeterlinck, 1935, p. 9), nos conecta con lo eterno y trascendental. No obstante, en su fascinación, Maeterlinck no ignora el miedo incipiente con el cual carga el silencio, porque dice que el primer encuentro que todo ser humano tiene con él causa terror. Este silencio que es la fuente de todos sus motivos literarios en el ensayo que aquí remito, tiene una suerte de carácter sobrehumano, y por eso es común temerle. Más que en su vínculo con el amor, esto me lleva a

pensar en su relación con la muerte, esa llegada de un momento inminente para el cual nunca se está suficientemente preparado y que, incluso, se borra de la memoria en tanto sensación dolorosa. La alegría y la desgracia de la muerte o, el amor y el dolor, se ponen entonces en un mismo nivel del sentir en lo que al miedo ante la experiencia del silencio se refiere. Igualmente, cuando se mira así la cuestión, se remarca el hecho de que el silencio resulte eterno, pues la vivencia a la que está asociada es imposible de olvidar.

Conclusiones

Desde una perspectiva fenomenológica, el lenguaje no es simplemente un conjunto de palabras y expresiones abstractas, sino una actividad encarnada que se origina en la experiencia vivida. Incluso, al plantear la cuestión de la génesis del significado, las teorías de Merleau-Ponty se sitúan dentro del marco de la reflexión fenomenológica sobre el lenguaje (Zirión, 2002). Lo anterior se debe a que para él la fenomenología es el estudio de las esencias y por eso la existencia misma está permanentemente en el centro de la discusión (Merleau-Ponty, 1993). De todos modos, según lo reconoce González (2022), investigar sobre el silencio no es en absoluto una tarea insignificante o que nunca se haya hecho. Su estudio está inevitablemente ligado a los temas esenciales de la filosofía y por eso es resaltable el lugar que toma en la fenomenología donde, en principio, involucra solamente el nivel lingüístico y, más adelante, evoluciona hacia un enfoque lógico y fenomenológico de naturaleza trascendental (González, 2022). Además, es cierto que, para Merleau-Ponty, un lenguaje innovador como el literario puede ser visto como silencio en la medida en que se aparta de los significados establecidos.

Hasta aquí, no he hecho más que dar vueltas sobre unas mismas ideas intentando abordar un tema que, a pesar de que esté reducido a la perspectiva fenomenológica de la filosofía, sigue siendo demasiado grande para abarcarlo exitosamente. Este no es más que un ensayo como lo es la propia fenomenología. Sin embargo, queda claro que el silencio es, al menos para Merleau-Ponty (2010), una especie de pre-lenguaje y, entonces, representa la base desde

la cual emerge dicho lenguaje enriqueciendo su significado, y a esto se debe su relevancia. Por eso mi propuesta desde el principio fue aproximarme por distintas vías al hecho de que —en Merleau-Ponty especialmente— el silencio es el punto nativo del lenguaje humano, y las voces del silencio se articulan en las palabras dichas. Por ende, aunque el autor nunca lo hubiera escrito así, puedo aseverar que en esta manera de asumir el mundo el silencio no se reduce simplemente a una pausa signíca, es decir, a una interrupción en la emisión de signos lingüísticos. El silencio y la palabra se vuelven uno en el lenguaje, y ese lenguaje operante que tenemos, que nos sirve para comunicarnos, es el de la cotidianidad vivida, tanto como el de la literatura misma (Merleau-Ponty, 2010).

No obstante, algunos autores sugieren que el lenguaje no es realmente nuestro lugar de origen y eso lo revisa con minuciosidad Corbin (2019) en su *Historia del silencio*, donde además Maeterlinck resurge como uno de los ejemplos literarios a los cuales se le presta una atención fundamental. En este orden de ideas, nuestra verdadera patria es lo que Merleau-Ponty (2010) denominaría el *gran país mudo*. Todo lo que tenemos, lo extraemos de una experiencia muda, por lo que nuestra vida se reduciría a *nada* si hiciéramos a un lado el silencio (Merleau-Ponty, 2010; Toadvine, 2008) Como con Maeterlinck (1935), quien es fiel testimonio del valor del silencio en tanto punto de nacimiento, podríamos decir igualmente que éste se trata de una búsqueda de dos amantes que comprenden que las palabras son incapaces de expresar la relación única y real que existe entre ellos, y por eso es que se conocen en el intercambio silencioso; de ahí emerge su lenguaje como amantes, porque sin el silencio estarían condenados al fracaso. De cualquier manera, en la convergencia de las ideas de Merleau-Ponty y Maeterlinck, hay una paralela visión enriquecedora de la génesis del lenguaje a través del silencio.

Tal cual intenté mostrarlo en el recorrido que realicé a través de estas páginas, estos dos Maurice son, en cierto sentido, comparables, dado que, mientras Merleau-Ponty se centra en la experiencia perceptiva y corporal, Maeterlinck descubre al silencio en su grandeza y en los miedos que causa en quienes así lo experimentan. Ambos autores invitan a trascender el nivel de las

palabras y adentrarnos en la experiencia vivida, en la conexión con el entorno o los otros, y en la capacidad del silencio para transmitir significados únicos. Y, en los dos casos, el silencio pareciera ser un íntegro acompañante del lenguaje. Si se piensa esto siguiendo al pie de la letra el punto de vista de Merleau-Ponty (2010), lo importante de una génesis de esta índole es reconocer que siempre hay algo previo, es decir, que antes de nosotros el mundo ya estaba ahí construido, que sin siquiera enunciarlo había ya una vida muda a la espera (Toadvine, 2008). Asimismo, que a través del cuerpo se halla el origen de todo, tal cual sucede en este nacimiento del lenguaje por el camino del silencio. Pues, como lo señala Mansilla (2005) en sus análisis sobre la cuestión merleau-pontyana, mediante lo corpóreo se le es dado al sujeto un mundo que le permite comunicarse con los otros. Merleau-Ponty esquematiza el cuerpo y, bajo este motivo, lo reinscribe en la filosofía.

Así que, en lo que le compete a la génesis del lenguaje, el silencio se constituye, irremediamente, como el precedente máximo. El lenguaje, en este sentido, existe por todas estas anticipaciones que le cargan de significaciones. La filosofía de Merleau-Ponty, tanto como la literatura de Maeterlinck, se vivifican justamente gracias a esto. Pero, de acuerdo con lo expresado por Álvarez-Falcón (2011), resulta clave volver sobre la idea de que uno de los estratos fenomenológicos originarios es el entrelazamiento entre el pensamiento y el lenguaje. Por lo tanto, si el primero es un pensamiento encarnado, también lo es el segundo. Claramente, porque la lógica de Merleau-Ponty no es más que la de la experiencia de la expresión encarnada. A diferencia de Husserl que tanto le rehuyó a términos explícitos como los de “pensamiento” y “lenguaje” (Martínez, 1960), Merleau-Ponty sí puso en el medio de sus preguntas el problema de esta relación. Así, me inclino a aseverar que lo que Merleau-Ponty argumenta a su modo es que el silencio implica una elección consciente por parte del hablante, dado que en sus significaciones se hace manifiesta una intención de comunicar lo pensado o, por el contrario, abstenerse de hacerlo.

El silencio se describe como un estado en el que el individuo se expande en su relación con el mundo (Mansilla, 2005). En síntesis, como también lo detecta Mansilla (2005), “La genealogía

del lenguaje se inicia en el momento en que el fenomenólogo reconoce el silencio como aquel estado en donde el sujeto se proyecta al mundo (o se dirige a otro) para hacer lenguaje” (p. 206). Y lo que hace el fenomenólogo —es decir, Merleau-Ponty— lo hace igualmente el escritor —es decir, Maeterlinck. Pero, en *La prosa del mundo* (Merleau-Ponty, 1971) —un inconcluso manuscrito hallado después de la muerte del fenomenólogo—, hay otro buen número de insinuaciones llamativas que extienden esta preocupación por el lenguaje, la expresión y lo literario, y esto es precisamente porque se dice que Merleau-Ponty quiso hacer de este trabajo una continuación de *Fenomenología de la percepción*. Un buen ejemplo de ello es el siguiente enunciado:

...ésta es precisamente la virtud del lenguaje: nos arroja sobre lo que significa; se disimula a nuestros ojos en su misma operación; su triunfo está en borrarse y darnos acceso, por encima de los vocablos, al pensamiento mismo del autor; de tal suerte que retrospectivamente creamos haber estado conversando con él sin palabras, de espíritu a espíritu. (Merleau-Ponty, 1971, p. 34)

Es, entonces, en este libro, donde verdaderamente expone esa presencia inajenable del lenguaje, aunque además es una obra a través de la cual quiere instituir su propia teoría sobre la verdad. En uno de los comentarios al margen del manuscrito —conservados como notas al pie en la versión editada e impresa—, Merleau-Ponty (1971) afirma que: “no se sabe lo que se dice, se lo sabe después de haberlo dicho” (p. 80). Así que, en relación con lo escrito por Maeterlinck (1935), valdría la pena decir que el escritor nos transporta del mundo ya dicho a otra cosa.

En términos generales, la fenomenología de Merleau-Ponty termina siendo una filosofía del lenguaje que todo el tiempo se inquieta por el contenido de las palabras —así como de los silencios. En consecuencia, esta cita no puede sino resaltar que el lenguaje es un acto y, como tal, supone una puesta a prueba. Por consiguiente, dado que Merleau-Ponty presenta al silencio como punto de partida, es clave considerar que lo hace porque asume que este es el lugar desde el cual se desarrolla el lenguaje y su expresión, que es irremediamente incompleta. Cuando

decimos algo, estamos comprometidos en un acto lingüístico que implica a nuestros pensamientos, emociones o intenciones, por lo que la expresión y la comunicación son también modos de situarnos en el mundo, y estos se originan en el silencio. No obstante, este y otros asuntos que componen sus reflexiones en *La prosa del mundo* quedan abiertos tras el abordaje que realizo aquí.

Efectivamente, la apuesta de Merleau-Ponty es por una fenomenología en acto y por eso no es de extrañar que siga siendo vigente para los estudios filosóficos actuales. Pero, desde luego, en lo que aquí esboqué con el pretexto de justificar la idea de que el silencio es el punto originario del lenguaje, no hago sino dejar muchos puntos pendientes que podrían ser útiles después para avanzar más en el tema del lenguaje. Por ejemplo, estas reflexiones tendrían un lugar clave hacia el cual remitirse siguiendo otros apuntes como el que hace Merleau-Ponty (1964) cuando afirma que el lenguaje es aquello que pasa por un hueco dejado entre las palabras, pues en esto infiere de nuevo la noción del silencio y su ubicación en una zona incierta situada entre lo dicho y lo que está por decirse. En su ensayo *El lenguaje indirecto y las voces del silencio* (Merleau-Ponty, 1964), de donde proviene esta aseveración, también se hace manifiesta la relevancia de la significación en el sentido del silencio que, además de tener una carga *antepredicativa* que le es inherente, lleva sobre sí el hecho de exceder al lenguaje mismo. Sea como fuere, la significación en la perspectiva de Merleau-Ponty no es sino aquello que se esconde tras los huecos entre las palabras.

En conclusión, el lenguaje va más allá de las palabras habladas, y estas no son mera consecuencia del pensamiento. La génesis del lenguaje se encuentra entonces sobre nuestra experiencia corporal y sensorial, así como en la capacidad del silencio para transmitir significado, en tanto este resulta ser un acto de expresión consciente, a pesar de que difiera de lo que implican las palabras (Mansilla, 2005). Así, el lenguaje, tal como lo afirma Merleau-Ponty (2010), no es tanto máscara como sí testigo de aquello que nace en la experiencia muda. Los dos Maurice —Merleau-Ponty y Maeterlinck—, hacen explícita la invitación a reflexionar sobre el lenguaje desde una perspectiva más profunda y enriquecedora, aproximándose a los límites de

aquello que se halla entre la palabra y el silencio propiamente dichos o, si se quiere, entre lo visible y lo invisible, lo directo y lo indirecto, el sentido y el sinsentido. Además, la redacción de esta suerte de conclusiones y la enunciación de inquietudes que permanecen aún sin resolver, me hacen regresar sobre las mismas preguntas formuladas por Merleau-Ponty (1964), por lo que rescato su inquietud por: “¿y si el lenguaje expresa tanto por lo que está entre las palabras como por las palabras mismas, por lo que no ‘dice’ como por lo que ‘dice’?” (p. 55).

Volviendo igualmente sobre las relaciones entre Merleau-Ponty y Husserl, sería otro el asunto por abordar si, adicionalmente, tomara en cuenta las disputas que presenta sobre los filósofos y la filosofía, pues esto se vincula por muchas vertientes con su teorización sobre el lenguaje. Desde sus aportes al caso, el silencio debería ser el foco de cualquier reflexión filosófica puesto que marca un punto de transición fundamental entre la experiencia pura y la articulación de esa experiencia en el lenguaje y el pensamiento (Toadvine, 2008). Cuando Merleau-Ponty (2010) acude a la misma cita que dice parafrasear de memoria en uno de los epígrafes del presente texto, testifica que “la filosofía es la reconversión del silencio y de la palabra uno en otra: «Es la experiencia [...] todavía muda, que se trata de llevar a la expresión pura de su propio sentido»” (p. 118). No le interesan de ningún modo las generalizaciones filosóficas, las preguntas comunes o los espacios demasiado habitados por otros autores. Así que, son curiosas las interpelaciones que se hace Merleau-Ponty constantemente sobre el saber filosófico, porque demuestran su vínculo extraño con autores contemporáneos a él, así como con quienes le antecedieron —tal cual intenté hacerlo evidente al considerar su lazo filosófico con Husserl. Así, tal cual lo enunciaba desde la experiencia del mundo vivido, también en el sentido de la sistematización de la filosofía le inquietaba la esencia. Merleau-Ponty (2010) critica que el filósofo debiese callarse en lugar de hablar tanto, y le preocupa el problema del lenguaje y la palabra en la labor de este en tanto médium de las palabras.

Finalmente, para Merleau-Ponty (2010) las tentativas de quien hace filosofía son ensayos hechos con palabras para asumir la duda

metódica por el Ser que es, en última instancia, silencio. Hacerlo bien, por tanto, consistiría en involucrarse con la experiencia silenciosa que ocurre antes de la reflexión, en el lugar de lo *antepredicativo* (González, 2022; Toadvine, 2008). Y él mismo, en tanto filósofo de profesión, muestra las tajantes diferencias entre su oficio y el de los poetas, músicos o artistas a los que siempre eligió acudir para dar fe de sus postulados, por lo que dejó abiertas sus divagaciones al respecto pues, aunque se enlazan con los análisis sobre la palabra y el silencio, exceden los alcances de este texto. Empero, valdría la pena tomar como conclusión parcial que para entender esta génesis del lenguaje en sentido fenomenológico habría que plantarse sobre la misma idea de Merleau-Ponty donde la filosofía, en tanto disciplina, es paradójica. Su contradicción yace en el hecho de que debe poner al silencio en entredicho todo el tiempo para llevarlo a la expresión y comunicarlo ante otros, pero, simultáneamente, debe respetar su carácter silencioso (Toadvine, 2008). En este orden de ideas, tanto Merleau-Ponty como Maeterlinck asumen ese deber —en medio de la paradoja— al aprender a hablar del silencio sin destruirlo por completo.

Referencias

- Álvarez-Falcón, L. (2011). La sombra de lo invisible. En L. Álvarez-Falcón (Coord.), *La sombra de lo invisible* (pp. 29-70). Eutelequia.
- Buceta, M. (2017). La fenomenología del lenguaje de Merleau-Ponty como dialéctica entre la ciencia objetiva y la experiencia subjetiva del lenguaje. *Revista Latinoamericana de Filosofía*, 43(1), 49-63.
- Corbin, A. (2019). *Historia del silencio* (J. Bayod, Trad.). Acantilado.
- González, J. M. (2022). El sentido y el silencio: apuntes para una fenomenología del silencio. *Phainomenon*, 21(1), 127-136. <https://doi.org/10.33539/phai.v21i1.2549>
- Lewis, P. E. (1966). Merleau-Ponty and the phenomenology of language. *Yale French Studies*, (36/37), 19-40. <https://doi.org/10.2307/2930398>
- Mansilla, K. (2005). *El silencio en la Fenomenología de la Percepción de Merleau-Ponty*. Acta fenomenológica latinoamericana. Volumen I. Pontificia Universidad Católica del Perú.

- Martínez, F. (1960). *La concepción del lenguaje en la filosofía de Husserl*. Ediciones de los Anales De La Universidad De Chile.
- Merleau-Ponty, M. (1964). *Signos*. Seix Barral.
- Merleau-Ponty, M. (1968). Discusión. En A. Podetti & G. Maci (Eds.), *Husserl: tercer coloquio filosófico de Royaumont* (pp. 142-144). Paidós.
- Merleau-Ponty, M. (1971). *La prosa del mundo*. Taurus Ediciones.
- Merleau-Ponty, M. (1993). *Fenomenología de la percepción*. Planeta-De Agostini.
- Merleau-Ponty, M. (2010). *Lo visible y lo invisible*. Nueva Visión.
- Moran, D., & Cohen, J. (2012). *The Husserl Dictionary*. Continuum International Publishing Group.
- Toadvine, T. (2008). The Reconversion of Silence and Speech. *Tijdschrift voor Filosofie*, 70(3), 457-477. <https://www.jstor.org/stable/40890443>
- Zirión, A. (2002). El sentido sin el lenguaje y la tarea de la fenomenología. *Folios*, (16), 5-12. <https://doi.org/10.17227/01234870.16folios5.12>

Agradecimientos:

Este texto se deriva del seminario “La dinámica de la experiencia: de la estética de Walter Benjamin a la fenomenología de Maurice Merleau-Ponty” impartido por el profesor Luis Álvarez-Falcón de la Universidad de Zaragoza, España entre los días 25 y 27 de septiembre de 2023, en la ciudad de Medellín. El enunciado seminario fue patrocinado por la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas y la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia (sede Medellín), y coordinado por la profesora María Cecilia Salas Guerra, quien también orientó y revisó este trabajo.

Financiamiento:

Sin financiamiento.

Conflicto de intereses:

La autora no presenta conflicto de interés.

Correspondencia:

maarbelaezca@unal.edu.co